

PORTO ALEGRE, ¿LA CONFERENCIA DE BANDUNG DE NUESTROS DÍAS?

En lugar de oponer el Foro Social Mundial de Porto Alegre al Foro Económico Mundial de Nueva York, resulta más elocuente imaginarlo como un lejano descendiente de la histórica Conferencia de Bandung que tuvo lugar en Indonesia en 1955. Ambos fueron concebidos como intentos de combatir el orden mundial dominante: el colonialismo y el sistema binario opresivo de la Guerra Fría en el caso de Bandung y el imperio de la globalización capitalista en el de Porto Alegre. Las diferencias, sin embargo, son evidentes a primera vista. Por una parte, la Conferencia de Bandung, que congregó fundamentalmente a líderes de Asia y África, puso radicalmente de manifiesto la dimensión racial del orden colonial y de la Guerra Fría, aquel que, en las acertadas palabras de Richard Wright, estaba dividido por el «telón de color». Porto Alegre, por el contrario, ha sido un acontecimiento fundamentalmente blanco. Hubo relativamente pocos participantes de Asia y África, y las diferencias raciales de las Américas estuvieron ostensiblemente poco representadas. Esto indica la tarea no resuelta que deben afrontar los participantes en Porto Alegre: globalizar más aún los movimientos, tanto dentro de cada sociedad como en todo el mundo, un proyecto respecto al cual el Foro constituye sólo un paso. Por otra parte, mientras que Bandung fue obra de un pequeño grupo de líderes políticos y representantes nacionales, Porto Alegre estuvo poblado por un multitudinario enjambre de personas y una red de movimientos. Esta multitud de protagonistas supone la gran novedad del Foro y resulta esencial para la esperanza que éste permite abrigar ante el futuro.

La primera y dominante impresión del Foro Social Mundial fue su desbordante enormidad; no se trata tanto de la cantidad de personas presentes –los organizadores hablan de 80.000–, sino más bien del número de actos, encuentros y acontecimientos. El programa que informa de todas las conferencias oficiales, seminarios y talleres –la mayoría de los cuales tuvo lugar en la Universidad Católica– ocupaba la extensión de un diario, pero uno no tardaba en advertir que había innumerables reu-

nes no oficiales que se celebraban en toda la ciudad, algunas anunciadas en carteles y octavillas, mientras que otras sólo lo fueron boca a boca. Hubo también reuniones separadas de los diferentes grupos que participaban en el Foro, como la de los movimientos sociales italianos o la de las distintas secciones nacionales de ATTAC. Luego estuvieron las manifestaciones: tanto las organizadas oficialmente, como el desfile masivo inaugural, al estilo de los que se celebran el Primero de Mayo, como otras más pequeñas y reñidas contra, por ejemplo, los parlamentarios de diferentes países presentes en el Foro que votaron a favor de la actual guerra contra el terrorismo. Por último, otra serie de actos se celebró en el enorme campamento juvenil instalado junto al río, con sus campos y campamentos de tiendas que albergaron a 15.000 personas en un ambiente que recordaba al de un festival musical de verano, sobre todo cuando se puso a llover y todo el mundo se movió por el barro envuelto en bolsas de plástico utilizadas como impermeable. En pocas palabras, si alguien con tendencias obsesivas quisiera entender lo que sucedió en Porto Alegre, no cabe duda de que sufriría una verdadera crisis nerviosa. El Foro resultó incognoscible, caótico, dispersivo. Y esa sobreabundancia no dejaba de estimular a todo el mundo, cuando uno se encontraba perdido en un mar de personas procedentes de todo el mundo trabajando en términos similares contra la forma actual de la globalización capitalista.

Este encuentro abierto fue el elemento más importante del Foro. Por más que éste presentara límites en algunos aspectos importantes –como el social y el geográfico, por no citar más que dos–, sigue siendo una oportunidad para globalizar más aún el ciclo de luchas que se extiende de Seattle a Génova, que ha estado dirigido por una red de movimientos limitada por el momento, en términos generales, al Atlántico Norte. Pese a ocuparse de muchos de los temas que abordan aquellos que en otros lugares se oponen a la actual forma capitalista de la globalización o a políticas institucionales específicas como las del FMI, los movimientos en cuanto tales siguen presentando límites. El reconocimiento del carácter común de sus proyectos con aquellos de otras partes del mundo es el primer paso hacia la ampliación de la red de movimientos o hacia la vinculación de una red con otra. De hecho, el reconocimiento de este carácter común es el motivo fundamental del ambiente de alegría y de celebración que se respiraba en el Foro.

Sin embargo, el encuentro debería poner de manifiesto y abordar no sólo los proyectos y los deseos comunes, sino también las diferencias entre los participantes, diferencias de condiciones materiales y de orientación política. Los diversos movimientos de todo el mundo no pueden conectarse entre sí en su estado actual, sino que deben, por el contrario, transformarse mediante el encuentro a través de una suerte de adecuación mutua. Por ejemplo, a aquellos venidos de Norteamérica y Europa no ha debido dejarles en absoluto indiferentes el contraste entre su experiencia y la de los trabajadores agrícolas y los campesinos pobres, representados de forma destacada por el MST (Movimiento de los Sin Tierra), y viceversa.

¿Qué tipo de transformaciones son necesarias para que los movimientos de globalización euronorteamericanos y los movimientos latinoamericanos no se conviertan en lo mismo o inclusive lleguen a unificarse, sino que se vinculen en una red común expansiva? El Foro brindó la oportunidad de reconocer estas diferencias y cuestiones a aquellos dispuestos a verlas, pero no dispuso las condiciones necesarias para abordarlas. En realidad, la propia naturaleza desbordante y dispersiva del Foro, que creó esa euforia motivada por la experiencia del citado carácter común, desplazó de hecho el terreno en el que podrían afrontarse tales diferencias y conflictos.

Anticapitalismo y soberanía nacional

A este respecto, tal vez el Foro de Porto Alegre resultara demasiado alegre, demasiado festivo y no lo suficientemente reñido. La diferencia política más importante que recorrió todo el Foro fue la relativa al papel de la soberanía nacional. En efecto, hay dos posiciones básicas de respuesta a las actuales fuerzas dominantes de la globalización: o se trabaja para fortalecer la soberanía de los Estados-nación como barrera defensiva contra el control del capital extranjero y global o se lucha por una alternativa no nacional a la forma actual de la globalización que presente las mismas características globales. La primera postula el liberalismo como una categoría analítica básica y considera que el enemigo es la actividad capitalista global sin trabas con débiles controles por parte del Estado. La segunda se sitúa con mayor nitidez contra el capital en cuanto tal, esté sometido o no a regulación estatal. La primera podría con razón denominarse posición antiglobalización, en la medida en que considera que las soberanías nacionales, por más que estén vinculadas por la solidaridad internacional, sirven para limitar y regular las fuerzas de la globalización capitalista. Razón por la cual para esta posición la liberación nacional sigue siendo el objetivo máximo, como lo fue para las antiguas luchas anticoloniales y antiimperialistas. La segunda, en cambio, se opone a cualquier solución nacional y aspira en su lugar a una globalización democrática.

La primera posición, la de la soberanía nacional, ocupó los espacios más visibles y predominantes en el Foro de Porto Alegre; estuvo representada en las grandes sesiones plenarias, fue reiterada por los portavoces oficiales del Foro y se vio reflejada en las informaciones de prensa. Uno de los principales impulsores de esta posición es la dirección del Partido de los Trabajadores brasileño, que fue, por cierto, anfitrión del Foro, habida cuenta que dirige los gobiernos de la ciudad y de la región. Era obvio e inevitable que el PT ocupara un lugar central en el Foro y aprovechara el prestigio internacional del evento como parte de su estrategia de campaña para las próximas elecciones. La segunda voz predominante de la soberanía nacional es la de los dirigentes franceses de ATTAC, que sentaron las bases del Foro en las páginas de *Le Monde Diplomatique*. A este

respecto, la dirección de ATTAC se acerca bastante a las posiciones de muchos políticos franceses, como es el caso de Jean-Pierre Chevènement, que defienden el fortalecimiento de la soberanía nacional como solución a los males de la globalización contemporánea. Sea como sea, éstas son las figuras que dominaron la representación del Foro tanto en su seno como en la prensa.

La posición no soberanista y en favor de una globalización alternativa, en cambio, fue minoritaria en el Foro, no desde el punto de vista cuantitativo, sino en lo relativo a la representación; de hecho, bien pudiera ser que la mayoría de los participantes del Foro se hayan colocado en esta posición minoritaria. En primer lugar, los diversos movimientos que han llevado a cabo las protestas desde Seattle hasta Génova se orientan por lo general hacia soluciones no nacionales. De hecho, la estructura de suyo centralizada de la soberanía del Estado se opone a la forma de red horizontal que han desarrollado los movimientos. En segundo lugar, los movimientos argentinos que han surgido en torno a la actual crisis financiera, organizados en asambleas barriales y de delegados de ciudades, también se muestran hostiles a las propuestas de soberanía nacional. Sus eslóganes llaman a deshacerse no de un político en particular, sino de todos ellos —que se vayan todos¹—, de toda la clase política. Por último, en la base de los diversos partidos y organizaciones presentes en el Foro, el sentimiento es mucho más hostil a las propuestas de soberanía nacional que en las cúpulas. Esto puede decirse sobre todo en el caso de ATTAC, una organización híbrida cuya dirección, especialmente en Francia, alterna con políticos, mientras que las bases tienen un sólido arraigo en los movimientos.

Así pues, la división entre la posición soberanista y antiglobalización y la no soberanista y a favor de una globalización alternativa no puede entenderse cabalmente en términos geográficos. No cartografía el mapa de la división entre Norte y Sur o entre el Primer y el Tercer Mundo. El conflicto corresponde más bien a dos formas diferentes de organización política. Los partidos tradicionales y las organizaciones centralizadas suelen colocarse en el polo de la soberanía nacional, mientras que los nuevos movimientos organizados en redes horizontales suelen agruparse en el polo no soberanista. Es más, dentro de las organizaciones tradicionales y centralizadas, la cúpula tiende al soberanismo y la base a alejarse de éste. Tal vez no cause sorpresa que aquellos que ocupan posiciones de poder estén más interesados en la soberanía estatal mientras que aquellos que están excluidos de éstas lo estén menos. En cualquier caso, esto puede contribuir a explicar por qué la posición soberanista y la antiglobalización pudo dominar las representaciones del Foro por más que la mayoría de los participantes se incline más bien hacia la perspectiva de una globalización alternativa no nacional.

¹ En castellano en el original [N. del T.].

Como ejemplo concreto de esta diferencia política e ideológica, podemos imaginar las respuestas ante la actual crisis económica en Argentina que se desprenden lógicamente de cada una de estas posiciones. De hecho, la crisis argentina pendió a lo largo del Foro como una premonición amenazadora que anticipa una cadena de desastres económicos. La primera posición señalaría el hecho de que la crisis argentina ha sido motivada por las fuerzas del capital global y las políticas del FMI, a la par que las demás instituciones supranacionales que socavan la soberanía nacional. La lógica respuesta contraria debería consistir entonces en reforzar la soberanía nacional de Argentina (y de otros Estados-nación) contra estas fuerzas externas desestabilizadoras. La segunda posición identificaría las mismas causas de la crisis, pero insistiría en que una solución nacional no es ni posible ni deseable. La alternativa al dominio del capital global y de sus instituciones sólo se encontrará en un ámbito igualmente global, mediante un movimiento democrático global. Los experimentos prácticos de democracia que se están produciendo en la actualidad en el ámbito barrial y urbano en Argentina, por ejemplo, plantean una necesaria continuidad entre la democratización de Argentina y la democratización del sistema global. Por supuesto, ninguna de estas perspectivas ofrece una receta adecuada para lograr una solución inmediata de la crisis que eluda las prescripciones del FMI y no estoy convencido de que tal solución exista. Antes bien, presentan diferentes estrategias políticas de acción para hoy en día que, en el transcurso del tiempo, intentan desarrollar alternativas reales a la forma actual de dominio global.

Partidos versus redes

En otra época podríamos haber escenificado un enfrentamiento ideológico al viejo estilo entre las dos posiciones. La primera podría acusar a la segunda de hacerle el juego al neoliberalismo, de socavar la soberanía del Estado y preparar el camino para una globalización aun más profunda. La política, continuaría afirmando esta posición, sólo puede practicarse eficazmente en el terreno nacional y dentro del Estado-nación. Entre tanto, la segunda podría responder que los regímenes nacionales y otras formas de soberanía, habida cuenta de su corrupción y de su carácter opresivo, no son más que obstáculos para la democracia global a la que aspiramos. Sin embargo, este tipo de confrontación no se produjo en Porto Alegre, en parte por la naturaleza dispersiva del evento, que tendió a desplazar los conflictos, y en parte porque la posición soberanista se hizo tan bien con los puestos de representación más importantes que hizo imposible toda disputa.

Sin embargo, el principal motivo de la ausencia de confrontación pudo tener que ver con las formas organizativas que corresponden a ambas posiciones. Los partidos tradicionales y las organizaciones centralizadas tienen portavoces que los representan y dirigen sus batallas, pero nadie habla en nombre de una red. ¿Cómo se discute con una red? Los movi-

mientos organizados en su seno ejercen su poder, pero no funcionan a través de oposiciones. Una de las características fundamentales de la forma-red consiste en que ningún par de nodos se enfrenta entre sí mediante la contradicción; antes bien, son siempre triangulados por un tercero, luego un cuarto y más tarde un número indefinido de otros nodos de la red. Ésta fue una de las características de los acontecimientos de Seattle que más nos ha costado comprender: grupos que creíamos enfrentados objetivamente —ecologistas y sindicatos, grupos eclesiásticos y anarquistas— de pronto podían trabajar juntos en el contexto de la red de la multitud. Si adoptamos una perspectiva algo distinta, los movimientos funcionan de manera similar a una esfera pública, en la medida en que pueden permitir la plena expresión de las diferencias dentro del contexto común de los intercambios abiertos. Pero esto no significa que las redes sean pasivas. Las redes desplazan las contradicciones y generan en cambio una especie de alquimia o cambio radical; de tal suerte que el flujo de los movimientos transforma las posiciones fijas tradicionales. Las redes imponen su fuerza a través de una especie de contracorriente irresistible.

A semejanza del propio Foro, la multitud de los movimientos siempre es desbordante, excesiva e incognoscible. Razón por la cual resulta sin duda importante, por una parte, reconocer las diferencias que dividen a los activistas y los políticos reunidos en Porto Alegre. Por otra parte, sería un error intentar leer esta división según el modelo tradicional del conflicto ideológico entre sectores contrarios. La lucha política en la era de los movimientos en red ya no funciona de ese modo. A pesar de la aparente fortaleza de aquellos que ocuparon el centro de la escena y dominaron los puestos de representación del Foro, en última instancia puede que hayan perdido la batalla. Tal vez los representantes de los partidos tradicionales y de las organizaciones centralizadas asistentes a Porto Alegre recuerdan en exceso a los viejos líderes nacionales que se reunieron en Bandung: imaginemos a Lula, del PT, en el lugar de Ahmed Sukarno como anfitrión y a Bernard Cassen, de ATTAC Francia, en la de Jawaharlal Nehru como huésped más destacado. Los dirigentes, sin duda, pueden elaborar resoluciones que afirmen la soberanía nacional en torno a una mesa de conferencias, pero nunca podrán dominar el poder democrático de los movimientos. Al final, también ellos se verán arrastrados por la multitud, que es capaz de transformar todos los elementos fijos y centralizados en otros tantos nodos de su red indefinidamente expansiva.